

Reseña sobre el libro de Eguren, M.,
de Belaunde, C. y Gonzáles, N. (2019).
*Leyendo al Estado desde el aula. Maestros, pedagogía
y ciudadanía. Lima: Instituto de Estudios Peruanos*

Sebastian Landolt Macher

sebastian.landolt@gmail.com

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

Recibido: 17-10-2019

Aprobado: 22-11-2019

No es extraño oír de cuando en cuando, en alguna conversación sobre la realidad nacional, que la raíz de todos nuestros problemas se encuentra en la educación, que si no cambiamos la educación no lograremos nada y que a quienes manejan el Estado no les interesa. Es un argumento del que suele ser difícil escapar. Sin embargo, en este tipo de discusiones, suelen ignorarse ciertas preguntas: ¿Qué está haciendo realmente el Estado para mejorar la educación? ¿Qué ocurre al interior de las aulas? ¿Qué papel están desempeñando los maestros en este proceso? ¿Se está trabajando realmente en la construcción de la ciudadanía?

Leyendo al Estado desde el aula es un esfuerzo por intentar dar respuesta a estas preguntas a partir de la relectura de un trabajo de campo sustantivo de diez años, en que las autoras exploran los cambios y las recurrencias en el quehacer docente al formar ciudadanos. A partir de diversos estudios realizados entre el 2004 y el 2014, este libro reúne un conjunto del material de trabajo de campo que comprende 48 escuelas públicas y rurales ubicadas en 12 departamentos del país, que incluye observaciones de aula y entrevistas a 72 docentes.

Tomando el campo de la antropología del Estado como marco, las autoras buscan entender de qué manera se manifiesta el Estado en la educación, a través de interpretar a uno de sus actores clave: los maestros. De esta manera, este libro se pregunta, interpretando al maestro como un “funcionario de primera línea”, qué está haciendo el Estado en el sistema educativo para combatir la desigualdad; cuáles han sido sus políticas más sostenidas sobre este respecto; y, de manera más importante, cómo se están formando ciudadanos en el trabajo pedagógico diario del aula.

La perspectiva asumida por las autoras resulta particularmente interesante, entonces, para entender cómo y por qué se ejercen prácticas educativas que no solo reproducen las formas tradicionales de concebir a los estudiantes, sino también que contribuyen a mantener las estructuras de desigualdad insertas en nuestra sociedad. En esa línea, se analiza cómo, desde las reformas educativas de la década de los 90 hasta la actualidad, el Estado ha conseguido hacer efectivo un cambio en la realidad educativa de nuestro país, aunque no haya sido necesariamente el esperado.

El libro señala que, en la década de los 90, los países latinoamericanos, impulsados por el Banco Mundial, pusieron en marcha una fórmula desarrollada por organismos internacionales que incluía reformas y objetivos clave para el desarrollo idénticos para todos. Uno de los tres componentes centrales de esta reforma fue la mejora de la calidad de la educación, la cual tuvo tres líneas de trabajo: la capacitación de los maestros, la elaboración de materiales educativos y una consecuente reforma del currículo. Esta última supuso el tránsito de una formación basada en los contenidos a una basada en las competencias, lo cual llevó a que el enfoque pedagógico se centre en la aplicación de metodologías activas del aprendizaje. Así, la lógica detrás de esta reforma fue que era posible cambiar la educación nacional cambiando las estrategias didácticas de los maestros en el aula y respaldándolas con un correspondiente sistema de

evaluación. Según cuenta el libro, de esta manera, se pretendía dar inicio a un cambio curricular que priorizaba la formación de ciudadanos conscientes de sus derechos y deberes.

Pasarían algunos años para que se definieran los principales lineamientos de las políticas educativas. Documentos como la Ley General de Educación, el Plan Nacional de Emergencia Educativa o el Plan Nacional de Educación para Todos marcarían la pauta para dar inicio a los cambios curriculares. Sin embargo, de acuerdo con las autoras, no sería sino hasta el 2010 y el 2012, con los Mapas de Progreso y las Rutas de Aprendizaje, respectivamente, que se elaborarían materiales consistentes para facilitar que los maestros “traduzcan” los cambios que buscaba el currículo. Se exigía así que los docentes pudiesen adaptarse a un nuevo modelo educativo, premunidos solo de algunos documentos. Sin embargo, en buena cuenta, esto contribuyó a que, a pesar del cambio de modelo, sean más las recurrencias que las transformaciones en el aula.

Esta exigencia, según explican las autoras, vino acompañada de un requerimiento adicional: evaluar qué tanto los estudiantes estaban aprendiendo del nuevo currículo. El Ministerio de Educación realizaría, entonces, mediciones censales de estos aprendizajes a nivel nacional. Estas evaluaciones se siguen aplicando de manera consistente, por lo que se han convertido en una práctica estatal sistemática que ha sido capaz de trascender los constantes cambios políticos. Por lo mismo, ha tenido una directa influencia en la dinámica escolar, desde las políticas de los gobiernos regionales hasta las relaciones entre los docentes, aun cuando no haya implicado un cambio sustantivo en sus prácticas.

Así, por ejemplo, el libro cuenta cómo la aplicación constante de esta evaluación ha tenido un impacto directo en el involucramiento de la comunidad educativa. Dicho involucramiento responde a que funcionarios, directores, docentes, padres y estudiantes no solo están al tanto de ella, sino que, además, tienen una valoración positiva de la misma. Asimismo, la evaluación ha tenido un impacto en la ambientación de las escuelas, pues, en numerosos casos, es posible ver paneles motivando a mejorar los resultados. Si bien puede que no necesariamente se esté al tanto de lo que significan los resultados en relación con las habilidades aprendidas, los resultados son de conocimiento público, y, en algunas ocasiones, sirven para la buena publicidad y el posicionamiento de las instituciones educativas.

La demanda por los buenos resultados en la evaluación censal no solamente es un factor determinante al momento en que los padres escogen en dónde matricular a sus hijos, sino que, además, ha hecho que algunos directores, ante la alta demanda, opten por realizar procesos de admisión en sus instituciones. Del mismo modo, se pueden apreciar cambios al interior de las escuelas, como la implementación de horarios de “refuerzo” o la presión y las relaciones de desconfianza entre docentes. En resumidas cuentas, a diferencia del currículo, la evaluación censal ha tenido impactos concretos en el quehacer de las escuelas. Sin embargo, aunque es posible reconocer cambios positivos para la comunidad educativa, políticas como los estímulos económicos para las

instituciones con mejores resultados no han contribuido a nivelar la balanza de la desigualdad social: escuelas que tenían más recursos siguen con mejores resultados.

Entre los cambios que ha generado la evaluación, las autoras destacan una mejora sustantiva del clima de aula. Las relaciones entre maestros y estudiantes se han vuelto más horizontales desde los 90 hasta ahora, por lo que ahora la violencia física o verbal parece no ser tan recurrente; incluso, han surgido alternativas para trabajar la disciplina. No obstante, en lo que respecta a la manera en que los maestros conducen sus sesiones, son más las recurrencias que las novedades. Así, por ejemplo, si bien encontramos entre los cambios una ligera mejora en lo que respecta a la estructura de las sesiones pedagógicas, no es posible encontrar, en la mayoría de casos, momentos de clase claramente diferenciados.

En la misma línea, pese a que ahora es más frecuente encontrar que los docentes prefieran desarrollar actividades grupales y usar materiales educativos diversos antes que dictar contenidos, la generalidad de los casos no hace visible un cambio sustancial. Permanece en las aulas una interacción en la que, por ejemplo, no se recogen ni las inquietudes ni los saberes previos de los estudiantes y se esperan respuestas únicas de parte de los mismos. Asimismo, si bien es posible apreciar cómo es que hay una mayor preocupación por que las sesiones de clase giren en torno a las producciones de los propios estudiantes, esta no va de la mano con el manejo de retroalimentaciones formativas, sino, más bien, por una preocupación excesiva por los aspectos meramente formales de los trabajos.

Leyendo al Estado desde el aula permite abrir un necesario debate respecto de cómo, a través de escasas políticas educativas sistemáticamente aplicadas y a través de una desconexión frente a la práctica docente, el Estado está formando a los futuros ciudadanos. Además, permite plantearse preguntas para futuras investigaciones. Así, es posible preguntarse cuáles deben ser los ejes centrales para que la aplicación de políticas públicas pueda hacer efectivo un cambio en el modelo educativo. Del mismo modo, uno podría preguntarse qué consecuencias está trayendo al magisterio, ahora que lleva ya unos años de consistente aplicación, la evaluación estandarizada que deben rendir para ingresar o ascender en la carrera pública magisterial.

En suma, esta lectura resulta central para evidenciar la importancia de la comprensión de lo que ocurre “en la última milla” de la aplicación las políticas públicas, particularmente en las que buscan construir ciudadanía. Sin ese acercamiento, los cambios necesarios para garantizar una sociedad igualitaria desde la escuela no se harán efectivos y, sin igualdad, no es posible la ciudadanía.